

¿Son necesarias las televisiones públicas en España? Un debate adulterado

Jesús López Jordán
Ayuntamiento de Madrid

Eran las dos de la mañana del sábado 25 de abril de 1908. Polcat Creek, en Carolina del Norte, una ciudad en la que se reúnen poderosas aseguradoras, acuna a un pequeño en el seno de una familia de agricultores cuáqueros. Casi se podía decir que nació con un cigarrillo entre los dedos y un micrófono en las manos. A los 57 años, aquel pequeño nos dejó a causa de un cáncer de pulmón trabajado a base de miles de cajetillas de tabaco que exhibía sin pudor en todo momento y lugar. Hoy, cientos de estudiantes pasean por la Universidad Estatal de Washington, la misma que le viera especializarse en oratoria en medio de la depresión más larga, extensa y profunda del siglo XX y que pone a la Escuela de Comunicación su nombre: Edward R. Murrow, uno de los grandes de la televisión, el periodismo y la libertad en tiempos de zozobra¹.

Este año se cumplirán ochenta de la aprobación de la ley Glass-Steagall que nació con el objetivo de evitar futuros colapsos financieros similares a los 1929. Bill Clinton la derogó en 1999 ante la presión de la banca y los controles desaparecieron². Los resultados son visibles en cada rincón del planeta. Vivimos asomados a la misma incertidumbre económica, a los mismos fantasmas de

1 La prestigiosa Facultad de Comunicación de la Washington State University lleva el nombre del más prestigioso de sus alumnos, E.R. Murrow. Especializada en el estudio del periodismo audiovisual, tiene entre sus principios rectores los mismos que defendiera el principal opositor de la caza de brujas emprendida por el senador Joseph McCarthy: la honestidad y el rigor informativo. En 2012, la Facultad ocupa uno de los 25 primeros puestos del ranking News Pro Magazine. <http://murrow.wsu.edu/about>.

2 Cada vez son más frecuentes las voces que reclaman la reimplantación de la conocida ley Glass-Steagall, Prudent Banking Act, como garantía de solvencia bancaria (comercial y de inversión) y como elemento de reequilibrio del endeudamiento y de la representatividad de las instituciones democráticas. Cfr.: Navarro, V. et Torres López, J.: *Los amos del mundo. Las armas del terrorismo financiero*. Ed. Espasa Libros, Barcelona, 2012. ISBN 978-84-670-0847-0.

una renovada inquisición ideológica y al galopar incesante de apocalípticos que pregonan el fin del mundo con una mano mientras que, al tiempo y con la otra, esquilman para beneficio propio todo lo encuentran a su paso. Las relaciones entre políticos, funcionarios, empresarios y periodistas han estado y están con frecuencia adulteradas y envenenadas. Es probable que hoy estemos asistiendo al final de una época en el oficio de contar las cosas, es probable que haya más que nunca razones para la indignación, pero ello no nos exime de la responsabilidad, por obra u omisión, de ser partícipes del crash informativo.

¿Qué es el periodismo?, ¿es sólo un negocio?, ¿es un poder fiscalizador de otros poderes?, ¿qué sentido tiene la intervención o tutela del Estado?, ¿es el ciudadano dueño de su derecho a recibir información?, ¿es dueño de los medios públicos? Demasiadas preguntas para tan modesto espacio. Permitan, por tanto, que restrinjamos nuestro ámbito y tiempo de análisis y opinión. España camina hoy a lomos de distintas administraciones públicas con capacidad para regular en materia de comunicación televisiva. La crisis sacude al país y las elecciones generales de noviembre de 2011 dieron un giro radical a la manera de entender el concepto de lo público. En una de las primeras decisiones adoptadas por el Gobierno de Mariano Rajoy, el sector audiovisual sufrió un retroceso que le hizo volver sobre sus propios pasos. Primero, modificó el mecanismo de elección del director general de RTVE que requería del consenso político. Por otro lado, con la reforma de la ley General de la Comunicación Audiovisual, daba a los gobiernos regionales libertad para decidir el modo de explotación de los entes públicos de radio y televisión³. Así, pueden privatizar total o parcialmente estas cadenas o podrán seguir manteniendo una gestión pública. Desde entonces, y a modo de ejemplo, dos empresas muy implantadas en sus respectivos marcos regionales han sufrido sendos expedientes de regulación de empleo (ERE). En agosto de 2012, el Consejo de Administración de la Radiotelevisión Valenciana aprobó el despido de un máximo de 916 trabajadores⁴.* En enero de 2013 el Consejo de Radiotelevisión Madrid aprobó otro expediente que afectaba a más de 800 empleados⁵. Con la perspectiva del tiempo transcurrido podemos afirmar que en los criterios para la selección de los no despedidos triunfaron valores de filiación ideológica frente a otros de carácter productivo o simplemente legal. El lodazal por el que transitan periodistas y políticos nos cubre ya las rodillas.

Si la sociedad decide dotarse de mecanismos de garantía en el ejercicio de libertades y derechos esenciales, como es el de dar y recibir información veraz,

3 Ley 6/2012, de 1 de agosto de modificación de la Ley 7/2010, de 31 de marzo, General de la Comunicación Audiovisual, que flexibiliza los modos de gestión de los servicios públicos de comunicación audiovisual autonómicos.

4 Datos estimativos y pendientes de ejecución en fecha prevista del mes de febrero de 2013. Con la ejecución del ERE entra en funcionamiento una nueva corporación. El País: Los primeros despidos en Canal 9 se producirán a partir del 11 de febrero. La nueva corporación arrancará en marzo con la abogada Rosa Vidal como nueva directora general. http://ccaa.elpais.com/ccaa/2013/01/30/valencia/1359572725_262855.html. Fecha de consulta: 6-02-2013.

* El texto llegó y se aprobó antes de ser anunciado el cierre de RTVV en noviembre de 2013 (nota del editor).

5 Cfr.: <http://www.periodistas-es.org/medios-de-comunicacion/telemadrid-una-historia-de-periodistas-que-explica-la-pantalla-en-negro>. Fecha de consulta: 31-01-2013.

no parece coherente que quienes detentan el poder de gestión de esos medios se sirvan de ellos para intereses particulares. Todo esto procede de la mala interpretación que se hace del bien común. Comprobamos, día a día, que la conciencia de lo público está amordazada. En las televisiones públicas se comercia con los contenidos, se negocia con la información y no se respetan las normas que deberían impedir los abusos de poder.

Desde esta perspectiva y teniendo en cuenta que el hecho diferenciador de estas empresas es que nacieron para garantizar a la sociedad información veraz y útil dentro de su función de servicio esencial, la continuidad de televisiones públicas, tal y como hoy aparecen, no tiene sentido. Si la televisión pública no está al servicio del bien superior de la información y operan tan solo como instrumento de propaganda, entonces, deben desaparecer. Si su finalidad es la de garantizar la visibilidad de lo diferente, la búsqueda de la verdad en función de criterios de independencia ideológica, entonces la sociedad habrá convertido en inversión lo que en las cuentas aparece como un gasto. En un escenario en el que «el hundimiento de la información se inscribe en la regresión de la historia, el capitalismo total nos hace retroceder a un neofeudalismo, que concentra el poder y el dinero en pocas manos y condena al resto a la desinformación, la deseducación y, a la larga, la servidumbre y la pobreza».⁶

Rearmar, recuperar, reconstruir... Durante años, la profesión periodística ha observado con devoción los principios y valores editoriales de la BBC. En ellos, básicamente, se establece que la Corporación es independiente tanto del Estado como de los intereses de los partidos y garantiza su resistencia a las presiones políticas, comerciales o personales. El modelo de televisión en el que se fijan gran parte de los representantes públicos, el modelo que inspira y ha inspirado a teóricos de la comunicación, propone la imparcialidad, la ausencia de prejuicios y el reflejo de las corrientes de opinión más importantes examinando su alcance y puntos conflictivos como un esfuerzo y un destino profesional. El Periodismo, ese que se escribe con mayúsculas, que vive de la honradez, el riesgo, la pericia, la coherencia, la perspicacia, el análisis y la independencia, está gravemente herido. Siendo así, la sociedad misma ha contraído un riesgo que le daña y perjudica mucho más allá de coyunturas concretas y lugares determinados. Todos somos víctimas de una degeneración intelectual que se soporta sobre falacias lingüísticas e ideológicas.

«La democracia, que nació como lucha hacia la igualdad por medio de la reflexión sobre las palabras y por el establecimiento de unos ideales de justicia y verdad, no puede rendirse a las privatizaciones mentales de paradójicos libertadores. Sin embargo, apenas se insiste en el hecho de que la crisis que padecemos es una crisis que tantos competentes expertos, siguiendo el principio de la

⁶ Max Otte, que anunció la crisis de los créditos subprime a través del libro ¡Qué viene la crisis!, desarrolla el repertorio de de engaños, desorientaciones y ocultaciones habidas durante la crisis en *El crash de la Información*, Ed. Ariel, Madrid 2010. ISBN: 978-84-344-6923-5. Cfr.: entrevista a Max Otte en *La Vanguardia*: Tenemos más desinformación que nunca, ¡y gratis! <http://www.lavanguardia.com/lacontra/20110109/54100134684/tenemos-mas-desinformacion-que-nunca-y-gratis.html>. Fecha de consulta: 15-01-2013.

libertad y la competitividad, no han sabido evitar, ni tampoco las diversas burbujas —sobre todo las propias burbujas mentales— que inflaban y aireaban». Lo dice Emilio Lledó (2011).

Los medios públicos de televisión no son necesarios porque el servicio esté encorsetado en los límites de la tecnología y hayamos decidido que el Estado deba convertirse en su regulador. Son necesarios porque las minorías no pueden carecer de altavoces con los que hacerse visibles, porque no todo es rentabilidad y porque el acceso a la información veraz e independiente es exigible, siempre y en todo caso, al Estado, le guste o no a su gestor provisional.

El libro negro del periodismo en España (2011), editado por la APM y escrito por el catedrático Bernardo Díaz Nosty avisa de los riesgos de la concentración empresarial cuando pone en pocas manos (la mayoría extranjeras) el 75 % de la propiedad de nuestros medios. Ello demuestra que el mercado, por sí solo, no fomenta ni la pluralidad ni la credibilidad. El libro defiende que las relaciones demasiado estrechas entre la política y el periodismo, en el contexto histórico de España, produjeron en los últimos años la llamada burbuja mediática, un exceso en el número y el volumen de los medios de comunicación, cuya existencia no respondía a la utilidad social o viabilidad económica sino a la cercanía al poder. Estos *chiringuitos*, poco viables sin la ayuda de sus cómplices políticos han traído el empleo precario y «empobrecimiento del capital humano».

Así, pues, la crisis económica ha aumentado la precariedad laboral de los profesionales y, con ello, su capacidad de resistencia ante la voracidad de políticos y empresarios. Por otro lado, los representantes políticos se han empeñado en desmontar el edificio de lo público. En nombre del liberalismo han oficiado el discurso de que el mercado es capaz de regularse, nutrirse y crecer sin necesidad de que nadie tutele derechos y libertades que son básicos para una sociedad justa, igualitaria y equilibrada. Todo ello ante el torrente de escándalos que nos dicen que las barreras de la ética y del interés común ha sido derribadas por especuladores, corruptos y desalmados que se han enriquecido pisando sobre la cabeza de los ciudadanos y profesionales.

Sobreendeudados, muchos medios públicos de televisión han sido pasto del estrangulamiento económico con el que sostener el argumento de su necesaria desaparición. La sucesión de gobiernos de distinto signo ha engordado plantillas innecesariamente, ha arrinconado a profesionales de prestigio, han subcontratado a empresas de amigos y ha hundido audiencias.

El periodista está llamado a la responsabilidad de encontrar lo verdaderamente importante dentro de la madeja de este complicado entramado social. Esa es la misión de los medios. No es una quimera: es posible promoviendo el ejercicio de la libertad y el conocimiento. Es preciso reforzar el sentido ético de lo colectivo allí donde puede hacerse. Aun creemos, en una televisión ilustrada, informativa, de entretenimiento y educativa; una televisión de vínculo social sostenida por el «contrato de confianza» (Wolton, 2006) y que supere los «envites e interrogantes»

(Bustamante, 2006) que el mercado audiovisual español mantiene. Es necesario dotar de garantías a los responsables de la gestión de las cadenas y a los periodistas en el ejercicio de la profesión. Es preciso promover una conciencia crítica y una actitud beligerante e inconformista de los profesionales que permita denunciar los intentos de manipulación por parte de los grupos de presión sin miedo a perder el empleo. Todo ello, visto desde la perspectiva del cambio social, no es sino una huida de la dictadura ideológica que pone límites al ejercicio de la profesión periodística allí donde tiene la obligación y ha de tener la virtud de hacerse honesta. Quizás de esa manera los periodistas puedan poner los cinco sentidos que, de acuerdo con Kapuściński (2004), se le exige: estar, ver, oír, compartir y pensar. Siendo así, todos y, especialmente la democracia, saldremos ganando. Sin periodistas no hay periodismo. Sin empresas que garanticen la seguridad económica y profesional de los medios, tampoco... y eso, a veces, lo tiene que hacer el Estado.

Referencias

Amiguet, Lluís (2011). "Tenemos más desinformación que nunca, ¡y gratis!". *La Vanguardia*. Disponible en: <http://www.lavanguardia.com/lacontra/20110/109/54100134684/tenemos-mas-desinformacion-que-nunca-y-gratis.html> (15/01/2013).

Bustamante, Enrique (2006). *Radio y televisión en España*. Barcelona: Gedisa.

Díaz-Nosty, Bernardo (2011). *Libro negro del periodismo en España*. Madrid: Asociación de la Prensa de Madrid.

García, Isabel (2013). Telemadrid: una historia de periodistas que explica la pantalla en negro. *Periodistas en español.org*. Disponible en: <http://www.periodistas-es.org/medios/telemadrid-una-historia-de-periodistas-que-explica-la-pantalla-en-negro> (31/01/2013).

Kapuściński, Ryszard (2004). *Los cinco sentidos del periodista*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Lledó, Emilio (2011). ¿Quién privatiza a los políticos? El País. Disponible en: http://elpais.com/diario/2011/10/04/opinion/1317679212_850215.html (04/10/2011).

Wolton, Dominique (2006). *Salvemos la Comunicación*. Barcelona: Gedisa.

Referencia de este artículo

López Jordán, Jesús (2013). ¿Son necesarias las televisiones públicas en España? Un debate adulterado. En: *adComunica. Revista Científica de Estrategias, Tendencias e Innovación en Comunicación*, nº6. Castellón: Asociación para el Desarrollo de la Comunicación adComunica, Universidad Complutense de Madrid y Universitat Jaume I, 233-237. DOI: <http://dx.doi.org/10.6035/2174-0992.2013.6.15>